

Editorial

Elogio de la complejidad

En 1973 emprendimos en Mendoza, Argentina, un proceso de transformación de la Escuela de Periodismo hacia el universo de la comunicación. La institución había sido fundada unos diez años antes sobre la base de los programas que difundió CIESPAL en toda América Latina, dirigidos a capacitar a los periodistas a partir de una propuesta de cultura general y de libros traducidos de autores de la corriente norteamericana de aquellos tiempos. El organismo que decidía abrir la carrera recibía todo, desde los programas de cada curso hasta la bibliografía impresa. Al cabo de un proceso en el que participaron docentes y estudiantes, cambiamos la denominación del establecimiento, Escuela Superior de Comunicación Colectiva, y propusimos tres líneas de estudio: comunicador universitario, comunicador municipal y comunicador social. El llamado a la cultura general se transformó en un intento de situar a los alumnos en el contexto social de la Argentina de entonces y de América Latina; en las líneas indicadas buscábamos ofrecer capacitación para la gestión de la comunicación (no utilizábamos todavía el término “gestión” pero intentábamos abrir caminos en el hacer en esos frentes) sostenida por la teoría en el campo del lenguaje, de las organizaciones y de la capacidad de moverse en medios masivos y comunitarios.

Hablo de una experiencia vivida hace más de 40 años que, en lo personal, me marcó para siempre en mi trabajo de educador y comunicador. Me refiero al convencimiento de que nuestro ámbito tiene horizontes que no se agotan en los límites de la academia y tampoco en las variaciones infinitas de cada contexto social.

¿Por qué comienzo este editorial con cuya solicitud me honran los amigos de la revista? -solicitud que me honra profundamente-. Porque hacia 1973 no teníamos con quién dialogar sobre nuestras aspiraciones, no nos llegaba información, no podíamos consultar a especialistas que se movieran, por ejemplo, en las orientaciones a comunicación universitaria y comunicación comunitaria. Debo decirlo con toda claridad: por entonces no sabíamos mucho de comunicación. He afirmado esto en las palabras introductorias al libro de mi amigo Adalid Contreras, *El límite es el infinito. Relaciones entre integración y comunicación*, de próxima aparición en Ecuador, y quiero traer ello aquí para reafirmarlo con fuerza:

“Debo expresar con toda franqueza que a esa altura no sabíamos mucho de comunicación. Teníamos claridades que no hemos abandonado para nada, como lo que significaban, y significan, los intentos de la monopolización de

la palabra a escala planetaria, la distancia entre la academia y los sectores mayoritarios de la población, la relación profunda de nuestro campo con la educación, el peso del discurso político en la vida de nuestras sociedades... Pero se nos escapaban tramas para las que no estábamos, históricamente hablando, preparados”.

¿Qué era lo que se nos escapaba?, ¿qué era aquello para lo cual no estábamos, históricamente hablando, preparados? Puedo expresarlo ahora después de muchos años de búsquedas y aprendizajes: la complejidad, la infinita complejidad de la comunicación.

En aquella década veníamos de dos ámbitos: el periodismo y el discurso universitario; las instituciones portadoras de este último nos miraban con desconfianza (todavía hacia 1997, reitero: 1997, en un lista nacional de disciplinas elaborada para categorizar a los docentes universitarios de la Argentina, lista propuesta por una comisión que incluía a varios rectores, no figuraba la comunicación social). Desde esos ámbitos alcanzamos a ver hasta dónde podíamos, aunque ya teníamos el estallido de obras que abrieron caminos para siempre, como los trabajos de Mattelart y Dorfmann o el libro de Paulo Freire publicado por primera vez en Santiago de Chile, 1971, *Extensión o comunicación. La concientización en el medio rural*.

La complejidad afloró en los ochenta. Nacía a comienzos de esa década FELAFACS, se profundizaba en las búsquedas de un nuevo orden de la información y la comunicación, se afirmaban procesos de educación popular, se multiplicaban las escuelas y facultades de nuestra especialidad, crecían hasta el vértigo las producciones de intelectuales de nuestros países a la vez que éramos capaces de recuperar antecedentes como la radio en la educación a distancia, en la vida de los mineros bolivianos, en formas alternativas que trataban de proponer caminos a la voz de las mayorías.

Afloró y no se detuvo más. Cada día nos sorprende alguna variante nueva y no sabemos cuáles vendrán mes a mes, año a año. No hablo sólo de lo que nos está ocurriendo con las tecnologías digitales, la complejidad es hacia todos los confines y todos los tiempos. En el libro mencionado de Adalid Contreras encontré una búsqueda no solo en relación con posibles innovaciones para sostener la comunicación en los intentos futuros de integración. El autor propone también una línea de análisis dirigida a recuperar la comunicación en la comunidad andina a lo largo de siglos, porque también es válido volver sobre el pasado para recuperarlo y aprender de él.

Estamos ante océanos de los cuales apenas si alcanzamos a ver la cresta de sus olas: la comunicación en la virtualidad, la comunicación en la cultura, la comunicación en lo que hoy se denomina la educomunicación,

la comunicación y las nuevas ciudadanías, la comunicación y la salud, la comunicación y el medio ambiente, la comunicación y la integración, la comunicación y las ciudades, la comunicación y la literatura, la comunicación artística, la comunicación y las neurociencias...

Océanos hacia donde miremos, atravesados por tercetos remeros, por seres empecinados en bucear en sus abismos, por miradas sobre miradas que buscan alguna clave para seguir mirando, por construcción desde presentes y más presentes que atesoran pasados y entretejen mañanas.

Lo decía el querido poeta Pedro Salinas:

“¡En este hoy mío, cuánto ayer se vive!”

Y es hacia ese entrecruzamiento de complejidades, hacia esas variaciones infinitas de los océanos, donde pone proa la Revista de Comunicación de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo. No lo hace desde la improvisación, la sostienen los casi cincuenta años de formación de comunicadores y los treinta de ediciones dedicadas a proponer alternativas a sus docentes y estudiantes.

Está claro en la misión el paradigma de la complejidad:

“El propósito de esta revista es generar otras discusiones que correlacionen a los diversos saberes con la comunicación, que puedan leer la vastedad e infinitud de posibilidades humanas: metafóricas, estéticas, simbólicas, comunicativas, políticas, económicas y culturales”.

Me permito, abusando del honor que me han hecho de escribir el editorial, dialogar sobre algunas líneas que me obsesionan dentro de esa vastedad e infinitud. Cuando utilizamos la palabra investigación nos remitimos de inmediato a los mecanismos de legitimación de la academia. No me mueve ningún interés en cuestionarlos, sin duda hay todo un camino recorrido para sostener propuestas comunicacionales en investigaciones. Pero retomo afirmaciones anteriores: en nuestro campo somos hijos del discurso universitario, pero también del periodístico y no deberíamos distanciarnos de esta semilla fundacional. En el periodismo también se investiga, y mucho (mencionemos el trabajo que desde hace años viene desarrollando la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI, creada por nuestro querido Gabriel García Márquez). Me ha tocado conocer descalificaciones de muy importantes búsquedas en esa línea con argumentos entretejidos únicamente en el ámbito universitario.

La historia sigue teniendo sentido, muchísimo. Es tal el impacto y el deslumbramiento de las tecnologías digitales que todo parece haber nacido

apenas ayer, en los años ochenta. Reitero mi referencia al libro de Adalid Contreras, pero también las búsquedas de Luis Ramiro Beltrán, de Armand Mattelart, de autores como Nicolás Chalavazis A. con su artículo *Dimensión moral del lenguaje para Nietzsche. Comentarios al texto "Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral y su relación con la semiología y la comunicación"*, publicado en el número 30 de la Revista.

Como tiene sentido acompañar desde la academia a los grandes movimientos sociales de nuestros países, la práctica sigue necesitando de la teoría, así como esta de aquella. Los relatos de experiencias constituyen una fuente preciosa de expresión de lo sucedido en distintos procesos comunitarios y a la vez un espacio válido para avanzar en investigaciones.

Y, sin duda, la continuidad de pasos anteriores, como lo anunciado por Juan Carlos Ceballos Sepúlveda cuando expresó: "Y también invitamos a los estudiantes, tanto de pregrado, como de posgrados en el campo de la Comunicación a que publiquen en nuestra revista; los invitamos a asumir la cultura de la publicación que nos plantean los nuevos tiempos de la investigación".

Las nuevas generaciones poseen la ventaja sobre nosotros de haber nacido en medio de los océanos de la complejidad de la comunicación, tienen por ello la oportunidad de indagar más allá de donde pudimos hacerlo en los tiempos fundacionales de las décadas del setenta y del ochenta.

La Revista anuncia su vocación de otros horizontes, como lo señala Juan Carlos: "Ya dejaremos de ser locales y trataremos de convocar a los colegas de Colombia y de otros países latinoamericanos, porque pretendemos que esta sea una tribuna donde los investigadores puedan encontrar un espacio para convocar a los demás a la reflexión, al debate y a las propuestas".

Uno puede aspirar a esos horizontes cuando está bien parado en su contexto. El camino recorrido por la Revista y por la Facultad representa un suelo firme sobre el cual será posible edificar relaciones abiertas a otras voces y a otras búsquedas. Así se aprende y así se crece.

Daniel Prieto Castillo

Mendoza, Argentina

Abril de 2015